Al leerlas se le avivaba el deseo de volar al martirio por amor á Jesucristo, y del martirio al cielo, patria del amor, para consumar su unión con Dios. En los primeros siglos de la Iglesia, en la era de las persecuciones sangrientas, los fieles se animaban con la lectura de las actas de los mártires á sostener impávidos los combates de la fe. Hoy que se persigue en todas partes el catolicismo, en nombre de leyes inicuas, leamos y meditemos los ejemplos de virtud y valor que nos legaron nuestros gloriosos predecesores y hermanos en el camino de la fe y la santidad.

Mas ¡ay! ¡á cuántos y cuántas podría decir el soberano Juez lo que á San Jerónimo siendo todavía estudiante: «No eres cristiano, pues en vez de aficionarte á los libros religiosos, todas tus preferencias son por las novelas y producciones envenenadas»!

CAPÍTULO XXIV.

MEDIOS QUE MARIANA EMPLEA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Oración mental. — Oración vocal. — Oraciones jaculatorias. — Devoción á María Santísima, San José y otros Santos.

ENTRE un estímulo y un medio de perseverancia va mucho. Un estímulo me incita á perseguir y tratar de lograr la perseverancia; si empleo los debidos medios, la alcanzo. ¿Cuáles serán, pues, los medios de que Mariana se servirá para perseverar en el divino servicio hasta entregar su alma bendita en manos del Creador?

El principal es la *oración* en sus múltiples formas.

Y si la preclara virgen escoge la oración como arma segurísima para triunfar cada día de la inconstancia humana, y sobre todo para alcanzar la victoria final, es porque conoce la sentencia del Rey Profeta: «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que trabajan en ella. Si el Señor no guarda la ciudad, desvélase inútilmente el que la guarda.»

Á cuyas palabras sirve de comentario esta máxima que Mariana había sin duda leído en las obras de Santa Teresa: «Quien abandona la oración mental, no ha menester ser arrastrado por el demonio al infierno: él mismo se precipita en los abismos eternos.» En consecuencia consagraba á la oración mental tres, cuatro y hasta cinco horas por día, y lo restante del tiempo á la oración vocal, como nos consta de las declaraciones de los confesores y del reglamento de vida, que tuvimos ocasión de conocer.

Iniciada ya desde temprana edad por un jesuita en el método de San Ignacio, preparaba cada noche, punto por punto, la meditación de la mañana siguiente. Éste es el principio de una vida *escondida con Cristo en Dios,* según la bellísima expresión del Apóstol.

En orden á la oración de la seráfica santa, lo más acertado es oir el parecer de quienes la confesaron sucesivamente, y en primer lugar del Padre Camacho: «Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus per-

fecciones, sin discursos, y amarle sin interrupción. Gastaba la mayor parte del día y de la noche en oración, así mental como vocal, exámenes, lección espiritual, contemplación, sin dormir apenas una hora.»

Con estas palabras concuerdan las del Padre Alonso de Rojas: «Moraba dentro de sí, en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderle de vista y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía, no se podía apartar de Dios. Con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes á Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedía andar como fuera de sí, y como una abeja se estaba cebando en el costado de Cristo, regalándose con su sangre.»

Á tenor de las precedentes es la declaración del Padre Lucas de la Cueva: «En los ratos que la comuniqué descubrí la alteza á que Dios la había llamado, y la unión que con su Divina Majestad había alcanzado; punto que me comunicó, y yo la atajé diciéndole que yo no entendía aquellas materias tan realzadas, porque no había entendido en mi vida sino lo más elemental de la vida purgativa.»

Corone tan brillantes testimonios el del Padre Manosalvas: «Después de algunos años el Señor la levantó á una contemplación y unión con su amado Esposo tan estrecha, que un solo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de libros para saber lo que había de contemplar, porque, de cualquiera suerte que leía ú oía leer, le era

ocasión para estarse días y noches enteras alabando y amando á su Eposo.»

No será inútil notar que la oración de Mariana era más bien afectiva que discursiva; teniendo más parte en ella la voluntad que el entendimiento; más los coloquios que los raciocinios, más los suspiros y lágrimas que los argumentos y consideraciones. De ahí que la *Azucena* sea una santa seráfica, como lo fueron una Teresa de Jesús, un Francisco de Asís y otros muchos que se distinguieron por los ardores de la divina caridad.

Es de creer que nuestra Beata haya conocido y practicado los tres modos de orar tan recomendados en el Libro de los Ejercicios de San Ignacio, habiendo sido todos sus directores jesuitas. Por lo que, á lo menos en cuanto á sus primeros años, es de suponer que haya orado por los mandamientos, etc., intercalando algunas preces y consideraciones, etc. Otras veces tomaría por materia de meditación alguna sentencia de Cristo nuestro Señor ó alguna oración, como el Padrenuestro, é iría rumiando cada palabra por sí y sacando el espíritu y afecto que hay en ella. Empero le agradaría más el tercer modo de orar, que es por vía de aspiraciones y afectos, que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiración y respiración saliese de lo íntimo de su alma algún afecto santo, alguna breve jaculatoria[1].

Del espíritu de oración nacía en nuestra esclarecida solitaria y tomaba creces la virtud de religión, que

[1] El Padre La Puente.

la inclinaba á dar á Dios el culto que le es debido: culto que se resume, al decir de San Agustín, en fe, esperanza y caridad [1].

Sirva de prueba á esto la siguiente oración, que rezaba al poner el pie en la iglesia, casa de Dios é imagen del paraíso. «Yo Mariana ruego humildemente á vuestra celestial hermosura, santísimo Ángel de mi guarda, que me llevéis con el espíritu y pensamiento á la corte del cielo, y me alcancéis de los Ángeles más principales que me den audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas, y levantándome sobre todas ellas, me pongo en la presencia de los cortesanos del cielo; represéntoles mis deseos, que todos son de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Pido primero con toda reverencia á los Serafines ardentísima caridad; á los Querubines, sabiduría; á los Tronos, humildad; á las Dominaciones, mortificación de cuerpo y sentidos; á las Potestades, victorias en las tentaciones; á las Virtudes, aprovechamiento en todo género de virtud; á los Principados, sujeción; á los Arcángeles, pureza de alma y cuerpo; á los Ángeles, obediencia. Pido á los patriarcas, fe; á los profetas, esperanza; á los apóstoles, caridad; á los mártires, fortaleza; á los pontífices, solicitud; á los doctores, sabiduría; á los confesores, obediencia; á las vírgenes, castidad: para que toda Mariana sea agradable á los ojos de mi Dios y Señor.»

Concluída esta oración, no menos profunda que devota, se acercaba al trono de la Santísima Trinidad para decir: «Dios mío, trino y uno, tan sabio como poderoso, tan poderoso como bueno, y tan bueno como hermoso, y todo inmenso, gózome infinito de que seáis, Dios mío, quien sois, y de que tengáis en Vos todas las perfecciones y excelencias. ¡Oh amado Tesoro mío! Vos solo bastáis para hartar mi deseo y en Vos solo me contento; y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amaros, alabaros, glorificaros, serviros y obedeceros á Vos, que sois todo, único y sumo bien y eterno descanso.»

[1] Citado por San Alfonso.

Bien podemos, pues, afirmar que nuestra *Azucena* era un serafín en la tierra. No sólo elevaba su corazón y su espíritu á Dios y á los Santos, sino que además expresaba sus afectos y deseos con abrasadas palabras. Á la manera que la llama procede de la hoguera, así de su corazón encendido por la oración mental procedía la oración vocal. Para comprender esto, tengamos presente que en la angelical virgen, lo mismo que en todos los Santos y buenos cristianos, los labios estaban de acuerdo con el corazón, y su corazón con el de Dios, cuyo beneplácito buscaba en todo y siempre. De ahí procedía su fuerza de impetración. Sus plegarias, á más de perfectas, eran frecuentes, continuas, incesantes. Esta émula de los ángeles, por su conversación celestial, y de los anacoretas, por sus heroicas mortificaciones, se sujetaba como el ínfimo de los mortales á la ley del trabajo, impuesto al hombre en castigo de su pecado. Sin embargo, su trabajo manual no era más que una oración prolongada. «De las dos á las cinco de la tarde», leemos en su reglamento de vida, «ejercicios

de manos y levantar mi corazón á Dios; haré muchos actos de su amor.» Como para ella proponer y cumplir todo era uno, las preces jaculatorias alternaban con los cánticos sagrados, y mientras cantaba, ya lo hemos dicho, acompañábanla con melodías á cual más suaves los ángeles del cielo, las vírgenes del Señor y las cantoras aves.

Entre sus jaculatorias había una que repetía cada vez que el reloj daba la hora y al toque del Ángelus. Hela aquí: «Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos é instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. Alábente, Señor, todas las criaturas del cielo y de la tierra. Amén.»

El objeto de tantas y tan incesantes oraciones era pedir gracias de santificación, como lo indica esta otra jaculatoria: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrade; hazme toda á medida de tu Corazón. Yo me conozco y desprecio por vil, y quiero ser vil y despreciada á mis ojos y á los de todo el mundo por tu amor.»

Pero por lo mismo que pedía estas mercedes casi sin interrupción, solicitaba la perseverancia. Por ser ésta, de parte de Dios, una cadena no interrumpida de gracias, á la cual, de parte nuestra, corresponde otra cadena igualmente no interrumpida de súplicas, se ha de pedir cada día para obtenerla cada día. Suplicar de continuo á Dios que se digne acabar la obra por él comenzada, en expresión de San Pablo [1],

[1] Phil. I, 6.

tal es la principal ocupación de nuestra santa virgen. No ignoraba que la perseverancia, con ser un don del todo gratuito y superior á nuestros merecimientos, es el fruto de la oración humilde y perseverante. Vió Nabucodonosor una estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, de bronce las piernas, una parte de los pies de hierro y de barro la otra. Habiéndose desprendido del monte una piedra, le rompió y desmenuzó los pies de hierro y barro; así que toda la estatua se hizo pedazos. Cabeza y corazón de oro y plata tiene el pecador recién convertido; pero si no pide, cuanto y como es debido, la perseverancia, tiene pies de barro, y al choque de una dificultad cualquiera se desmenuza, viene á tierra y recae en sus añejos pecados. El mundo y el infierno están llenos de escombros de semejantes estatuas.

Mariana, dócil á las enseñanzas del divino Maestro, rogaba asiduamente, sin desfallecer nunca jamás. Empero, dirigía sus preces y súplicas con preferencia á María, Madre de Misericordia; consideraba la devoción á la Virgen inmaculada como uno de los más insignes beneficios del cielo.

«Que Dios nos dé su gracia y conocimiento para servir á su Madre», dijo una vez á un devoto de María; «dichoso Vd. que sirve á tan gran señora. ¡Séalo por ahora y por siempre!»

Al hablar de la infancia de Mariana, hemos notado las finezas y muestras inequívocas del amor que mediaba entre la celestial Madre y su angelical hija. Ésta con los años se aventajó más y más en el ser-

vicio de la Reina de las Vírgenes. Á la hora del Oficio divino, esto es, mientras canónigos y religiosos alaban, ruegan y rinden gracias á Dios, á nombre de la Iglesia y de los fieles, la fervorosa ermitaña rezaba el *Oficio Parvo* de la Virgen. Como esto era poco para su fervor, rezaba además diariamente cuatro rosarios ó sean veinte decenas; éstas le recordaban sucesivamente los principales misterios de la vida del Salvador, así como también las virtudes de la divina Madre: misterios y virtudes que meditaba con tanto amor como fe. Casi pudiéramos decir que el rosario era su Evangelio, su Biblia, que llevaba siempre entre manos su Manual de devoción y su tesoro: su Manual de devoción, pues está compuesto de las más hermosas y más celestiales oraciones, como son el Padrenuestro y el Avemaría; su tesoro, en razón de las indulgencias que ganaba, rezándolo con el fervor que solía. Y estas plegarias á María las repetía todos los días doscientas veces con devoción cada vez más acendrada. En el corazón de Mariana el amor filial repetía incansable: «Dios te salve, María»; en el corazón de María se renovaría el gozo que experimentara en el momento de la Encarnación, al oírse saludar por vez primera por el Arcángel San Gabriel con estas palabras aprendidas en el cielo: «Dios te salve, llena de gracia.»

Entre los obsequios que son más del gusto de la Reina del cielo, sobresalen las ofrendas frecuentes, las invocaciones continuas, los suspiros del corazón, las abrasadas palabras. De tales homenajes era pródiga nuestra penitente. Á todas horas, postrada á

los pies de su celestial Protectora, ya en su oratorio privado, ya en la iglesia de los jesuitas, donde se veneraba una imagen esculpida de Nuestra Señora de Loreto, agotaba, por decirlo así, el vocabulario de su piedad filial, repitiendo una y mil veces: «Reina mía, Madre mía, Señora mía, Virgen de vírgenes, etc.»

Cada sábado enviaba á la capilla del hospital real dos cirios y varios ramilletes de flores naturales, ofrendas simbólicas, que á más de manifestar á María Inmaculada el amor de su hija, adquirían mucho valor por la humildad que las acompañaba; pues Mariana, semejante á la violeta que nos embelesa con su fragancia sin ostentársenos, enviaba por tercera mano dichos obsequios sin darse á conocer.

Á lo dicho añadamos las maceraciones á que se entregaba los sábados y otros días del año por amor á la Madre celestial. En suma, si el Avemaría fué la primera palabra que articularon sus infantiles labios, su vida entera es un homenaje tributado continuamente á la Madre de Dios. «Cada año», depone el Padre Manosalvas, «se cortaba Mariana el cabello, y hacía una cabellera ó trenza que dedicaba á alguna imagen del Niño Jesús ó de su santísima Madre.»

Si nuestra devoción á María Santísima es la medida de las gracias que recibimos, ¡cuántas no habrá recibido Mariana para crecer en el amor y más aún para perseverar sobre el altar de la inmolación! Discípula de Santa Teresa, lectora asidua de su vida, imitadora de sus virtudes, la *Azucena* hermanaba en sus afectos y devoción á los dos jefes de la Familia nazarena, la Virgen Madre y el castísimo Patriarca San José.

«Con el glorioso San José», dice uno de sus confesores, «tenía familiarísima amistad: preparábase á celebrar su fiesta con siete días de particulares cilicios, ayunos y disciplinas y con más garbanzos dentro del calzado, diciendo con gracia que en honra y gloria de su San José tenía que añadir algún garbanzo más en la olla.»

He aquí, pues, por orden jerárquico los mediadores de la seráfica virgen: cerca del Eterno Padre, á quien tributó siempre especialísimo culto, Jesucristo; cerca de Jesucristo, María Santísima; y cerca de María, San José, protector de las almas castas y patrono de la vida interior.

Si bien profesaba grande amor á todos los cortesanos del cielo, como lo demuestra la oración que rezaba al entrar en la iglesia y que hemos insertado, sin embargo honraba de un modo particular á algunos santos.

Entre éstos descollaban San Ignacio y San Francisco Javier, cuya iglesia frecuentaba; San Francisco de Asís, á cuya Tercera Orden pertenecía; Santa Úrsula y sus compañeras, cuyo heroísmo emulaba, haciéndose verdugo de sí misma. Honraba también con especial devoción á Santa Rosa de Lima, con cuya invocación y reliquias obró varios milagros; á Santa Gertrudis, Santa Teresa y Santa Catalina de Sena, á quienes llamaba sus madres. Á Santa Catalina de Sena es á quien debió en parte el haber seguido comulgando diariamente, á pesar de la tenaz oposición que se le hacía. Sabemos este particular por una declaración del Padre Manosalvas, quien se expresa así:

«Suplicaba á Santa Catalina la recibiese bajo su amparo y la sacase victoriosa, como ella había salido en sus contradicciones; y así fué, porque los que le contradecían sus comuniones eran no sólo doctos sino virtuosos é influyentes; no quiso la Santa sino favorecer á su devota, quien procuraba invocarla en todo.»

Pero si nuestra Mariana tenía muchas devociones, tenía aun más *devoción*, y para ella la devoción consistía en darse al Redentor. ¿Somos de aquellos que dan á manos llenas lo que tienen, pero que no se dan á sí mismos? ¿Pertenecemos al número de los que cifran sus prácticas religiosas en rezar mucho, sin cuidarse de guardar íntegra la Ley de Dios?

CAPÍTULO XXV.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Devoción al Santísimo Sacramento. — Asistencia á la misa. — Visitas ordinarias y extraordinarias. — Mariana, sacristana en la noche del Jueves Santo. — Niño Dios en la hostia consagrada. — Alas de ángeles por paraguas. — Comuniones bien preparadas. — Acciones de gracias extáticas. — «Me como todos los días un cordero entero.»

NUESTRA seráfica santa, según afirma uno de sus confesores, pasaba casi toda la mañana en la iglesia, delante del Santísimo Sacramento. ¿Y qué hacía allí, ante la esencia misma de Dios, que será en el cielo el regalado sustento de los escogidos?

Á imitación de la condesa de Feria, amaba, alababa, agradecía y pedía gracias. Así que, asociándose á la oración é inmolación incesantes de Jesucristo en la Eucaristía, la *Azucena* corría á pasos agigantados por la estrecha senda que Dios le había trazado.

Asistía todos los días á varias misas, lo hemos dicho ya, y cada misa era para ella lo que en el Calvario fué para la Madre Dolorosa la cruz del Redentor, esto es, el altar del sacrificio, donde se consumían en un mismo holocausto dos víctimas: Jesucristo y Mariana.

Á la manera que en ciertas épocas del año aumentan los calores, así la devoción de Mariana al Santísimo Sacramento subía de punto en la Semana Santa y en las Cuarenta Horas. Mientras permanecía Jesús oculto en el Monumento, escribe el Padre Butrón, permanecía también ella inmóvil en la divina presencia, y con tal abstracción y recogimiento, que, fuera de sí, quedaba extraña á todo cuanto en torno suyo pasaba.

Viendo el sacristán que Mariana estaba tan constante en la iglesia, y que no se movía de ahí ni por un momento, desde el Jueves Santo hasta la mañana siguiente, le suplicaba que tuviese cuidado, durante la noche, del Monumento y de todos sus accesorios. Admitía la virgen el encargo con inefable gusto y lo desempeñaba con tal perfección, que jamás sucedió desgracia alguna. Si interrumpía entonces de vez en cuando la oración mental, era para leer en un cuaderno devotísimos coloquios y encendidos afectos,

expresados brevemente; y esto en gracia de los que visitaban á su Divina Majestad.

Otro tanto hacía Mariana en los tres días de Carnaval, durante los cuales el Santísimo Sacramento, expuesto á la pública veneración, recibe de sus amigos señaladas pruebas de amor y dolor por las ofensas que le hacen sus enemigos.

No contenta con desempeñar ella sola el papel de ángel adorador y consolador, se acompañaba con cuantas amigas podía. Así desde que rompía el alba hasta las seis de la tarde, hora en que se reservaba su Divina Majestad, Mariana permanecía todo el tiempo hincada de rodillas ante el altar, cubierta con el velo, inmóvil y sin probar bocado de la tierra. ¿No saciaba su alma con el verdadero maná llovido del cielo, el Pan de vida? Cuantos la veían en aquella actitud creían que su alma, arrebatada en éxtasis, habitaba en el paraíso, entre los siete ángeles que están ante el trono de Dios; pues por más que le dirigiesen la palabra ó la tocasen, nunca, jamás obtenían contestación alguna, ni siquiera por señas. En cambio bastaba que su confesor le mandara decir que no estuviese tanto tiempo de rodillas, para que en el acto se sentara; si bien muy luego volvía á arrodillarse, hermanando así la reverencia debida al Santísimo Sacramento y la obediencia debida á su director, quien no le había fijado tiempo para el descanso.

Si pensásemos que hemos de ser los eternos compañeros de Cristo en la gloria, ¿le regatearíamos aquí ante el tabernáculo los minutos?

Si bien la *Azucena* no esperaba ser premiada en este mundo por su devoción á la Eucaristía, sino en el cielo, lugar de las supremas recompensas, con todo le fué dado más de una vez columbrar aquí abajo algunos destellos de los premios eternos; lo cual consta en el Proceso. Una de sus sobrinas, á quien Mariana, por orden de su director, había comunicado todo cuanto pasaba en su alma, le oyó decir que «varias veces había visto en la hostia consagrada á Nuestro Señor en forma de hermosísimo niño, que mostrándosele risueño le llenaba el alma de celestiales alegrías, y la dejaba tan gozosa, que no bastaba su lengua á declarar lo que sus ojos veían y el corazón sentía. Otras veces al deglutir la sagrada forma, después de la comunión, conocía sensiblemente que pasaba por su garganta el niño Jesús, quien la inundaba de gozos y favores y la abrasaba en el fuego de amor que él mismo le traía.»

Los mismos elementos, por orden del Creador ó por la intervención directa de los ángeles, respetaban á la sierva de Dios. En las Actas de la beatificación figura el hecho siguiente: Un día de Cuarenta Horas salió Mariana de la iglesia para casa, acompañada de otras señoras y de su fiel india. Llovía, y arreciaron tanto las aguas, que las otras personas hubieron de guarecerse en un zaguán. Mariana prosiguió su camino muy tranquila, como quien no se da cuenta de lo que ocurre, y llegó muy pronto á su habitación. Pasada la lluvia llegaron también sus compañeras, y ¡cuál no fué su sorpresa al ver que Mariana no había recibido una sola gota de agua, mientras que

ellas, no obstante tantas precauciones, estaban empapadas de pies á cabeza! «Vaya, bien se ve que no saben andar», dijo la santa, «y cómo yo no me he mojado.» «Porque algún ángel os habrá cubierto con sus alas», contestó una de las interlocutoras. Y á fe que decía verdad, pues Mariana no replicó sino con humilde y devota sonrisa.

La comunión, en la cual no sólo recibimos la gracia, sino también al Autor de ella: la comunión, que en nosotros infunde la vida misma de Dios, y deposita un germen de resurrección é inmortalidad, era uno de los principales medios de que el serafín de Quito se servía para hacerse semejante al divino Crucificado y asegurar su perseverancia.

Mártir de penitencia, restaurábase Mariana cada mañana con el Pan de los fuertes, que hacía invencibles á los mártires de la fe, no obstante los más crueles tormentos á que se les sometía.

Y que haya sacado de sus comuniones frutos abundantísimos, bien podemos colegirlo de las disposiciones con que las recibía y del fervor de sus acciones de gracias.

Preguntada un día por su confesor cómo se preparaba para acercarse á la sagrada Mesa, contestó: «Procuro que la unión con mi Esposo vaya cada día á más y sea más estrecha; y así cada día procuro amarle y quererle más: éstas son las diligencias que todos los días hago.»

Cuando recibía á Jesucristo en su pecho, lo ofrecía al Padre Eterno, y en retorno solicitaba mercedes sin cuento para sí y para el prójimo. Nada era capaz

entonces de apartarla de su divino Huésped, contestando una vez á cierto sacerdote que le quería hablar, con estas breves palabras: «Padre, he comulgado.»

Como de un horno encendido salen llamas, así el fuego del divino amor que abrasaba el corazón de Mariana se le reflejaba en el rostro; como lo vió, después de la comunión, cierto día un sacerdote, al volverse para decir el *Dominus vobiscum*. Tan encendida se ponía en ocasiones, que su mismo confesor dudaba de si era ella ó algún ángel.

En vista de esto, nadie extrañará que las acciones de gracias se le hayan convertido en prolongados éxtasis y arrobamientos. Para mostrar lo necesario y eficaz que era para Mariana el Pan bajado del cielo, bastará decir con el Padre Butrón, que, á no comulgar diariamente, perdía las fuerzas y enfermaba.

Mándale una vez su confesor, para probarla, que se abstenga de la comunión sacramental, y se contente con la espiritual. Sométese la humilde virgen sin réplica; y en seguida es acometida de una fiebre en extremo maligna, que inspira serios temores á los de casa y al mismo médico, cuyos remedios resultan ineficaces. Visítala su confesor, y adivinando sin dificultad la causa de tan repentino mal, le dice: «Mañana la aguardo en la iglesia para que comulgue.» Oir esto la enferma y empezar á mejorar todo fué uno.

Al día siguiente, muy de madrugada, estaba á las puertas de la iglesia, esperando á que el sacristán las abriera. Recibida la comunión, con duplicado

fervor, queda buena y sana como siempre; señal evidente de que para ella el Santísimo Sacramento era, no solamente cáliz de salvación, sino también cáliz de salud.

Que la Eucaristía haya sido su Pan de vida, no sólo para el alma sino además para el cuerpo, lo prueba el haber vivido siete años sin tomar otro alimento que la sagrada forma.

La misma *Azucena* dió á conocer esta milagrosa sustentación de sus fuerzas por la comunión, una vez que, preguntada por su buena Catalina, cómo podía vivir, si arrojaba todo cuanto comía, contestó: «Calla, necia, que para eso voy á la iglesia de la Compañía diariamente, donde me como un cordero con hueso y carne, vivo y entero y muy suficiente para sustentarme.»

Corroboran esta candorosa confesión de Mariana numerosas declaraciones de testigos presenciales y la del Padre Manosalvas, y tan prodigioso suceso consta en la Bula de beatificación.

Por lo demás, este milagro no es único en las vidas de los santos. El beato Nicolás de Flue sacaba tal y tanto brío de la comunión, que por el espacio de diez y siete años no sintió necesidad de alimento ni bebida terrestres.

El profeta Elías, por haber comido, á invitación de un ángel, un pan milagroso, cocido al rescoldo, cobró tales fuerzas, que caminó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, el monte santo de Dios.

Igualmente Mariana, alimentada con el Pan eucarístico, llegó sin desmayar á la cumbre de la perfección.

¡Y cuántos otros sacarían más provecho si se acercasen con más frecuencia y mejor preparación á la Mesa eucarística!

CAPÍTULO XXVI.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Directores. — Dirección. — Dirigida.

OTRO medio de perseverancia es la *dirección*. Éste es, á no dudarlo, el medio por excelencia, puesto que encierra y pone en acción todos los demás, como primer motor y regulador.

En Moisés, conductor del pueblo de Dios, desde la salida de Egipto hasta la entrada en la Tierra de Promisión, tenemos una perfecta imagen de los directores de conciencia y confesores; pues son éstos otros tantos enviados de Dios, para sacarnos de Egipto, esto es del pecado, y conducirnos á través del desierto de esta vida á la verdadera tierra prometida, que es el cielo.

Á nuestra santa no le faltaron estos conductores celestiales, y lo que vamos á decir probará una vez más esta importante verdad: Jesucristo proporciona sus auxilios á nuestras necesidades y depara á cada cual los directores que ha menester para alcanzar el fin de su vocación.

¿Cuáles fueron los directores de Mariana? ¿qué reglas de dirección siguieron? ¿y cuál fué la conducta de la santa respecto de ellos? Tres preguntas que abarcan todo el asunto de este capítulo.

Los directores de Mariana, todos jesuitas, á la par que sabios y prudentes, fueron santos. Sabios, poseían los grandes principios de la teología mística y del ascetismo; santos, eran prácticos en los caminos de la oración y en la adquisición de las virtudes; prudentes, aplicaban con tino y maestría las reglas generales á los casos particulares.

Entre éstos descuellan tres. El primero, á quien Mariana abrió su corazón cuando tenía seis ó siete años apenas, y que más tarde le ayudó á seguir su vocación tan extraordinaria, fué el Padre Camacho, originario de España. Sabía casi de memoria las nunca bien ponderadas obras del Padre Álvarez de Paz, de las que hizo y publicó un compendio; respecto á su virtud y celo, baste decir que se había avezado á la obediencia y fué mártir de ella, sujetándose á su yugo á la vez pesado y suave, como saben hacerlo los santos. En el púlpito predicaba á Jesucristo crucificado; en el tribunal de la penitencia era buscado cual padre misericordioso y escuchado como maestro ilustrado y seguro.

Uno de los que le sucedieron en la dirección de la santa fué el Padre Severino, romano de origen. Hácenle recomendable los milagros que ya en vida obró, y el haber sido discípulo de Belarmino, de quien heredó la virtud y el saber; fué en Quito lo que San Genaro en Nápoles: un protector poderoso y á veces visible contra las erupciones de los volcanes.

Por último, el Hermano Hernando de la Cruz, secundando la acción del Espíritu Santo, dió la úl-